

E D I T N A C I O N

La fuerza expansiva de la globalización va ordenando, en el interior de un horizonte cuadrado, el cuadro de un poder económico mundial. Ante este empuje, hay países que se constituyen en espacio transnacional. Reaccionan ante el poder global ideando una unión de naciones que orienta su política común, precisamente, en análoga dirección a la causa que ha suscitado la alianza: la economía global. El antídoto es réplica del veneno. La Unión Europea se ofrece como alojamiento del poder económico-político, a la vez que se apoca ante las vertientes sociales o culturales.

A comienzos de este siglo XXI no sólo se perciben los influjos que vienen de un más allá del Estado nacional. En el caso español continúa encendida la polémica entre la nación central y los nacionalismos periféricos. Un enfrentamiento que atañe a la definición misma del Estado. ¿Estado plural o plurinacionalismos?

La Constitución del 78 fue entendida como necesidad; y para ello se delimitó el marco que habría de consensuar los diversos grupos políticos implicados. Superar los lastres de un régimen dictatorial, construir una democracia, transformar un Estado de férreo signo centralista, contar con la diversidad que iban a suponer los aún no del todo enumerados territorios autónomos fueron las puntales referencias. Se estableció, por lo tanto, un punto de partida sobre el que se iría actuando paulatinamente hasta consolidar el Estado de las Autonomías.

Este logro no deja de ser meritoso, como, tampoco, ha dejado de ser conflictivo todo el proceso posterior. El anunciado "café para todos" no cerraba cuestiones relativas a los denominados "hechos diferenciales"; hechos históricos enlazados a aspiraciones históricas que se han ido tejiendo y forjando un cuadro ideológico con voluntad de legitimarse a cualquier precio. Se apura de tal manera el conflicto que, en algún caso, acaba por afectar y discutirse la validez de la propia Constitución que naciera gracias a aquel consenso. Pero diálogo y consenso, hoy, son dos cruces clavadas en el monte del olvido.

La cuestión se vuelve palpitante, y las palpitaciones suenan por todos los rincones. Pues en este momento se dan pocos espacios que no se hallen ocupados por un pensamiento y sentimiento que se define como pro o anti nacionalistas. El contagio opera por igual y toca a todos cuando los ánimos suben hasta lo extremo. Se camina y se avanza entonces como dos locomotoras que transcurren por una misma dirección y en sentido contrario: el poder central puede, a su vez, sentirse como un nacionalismo más, aunque se presente como integrador; de la otra punta viene una diversidad de nacionalismos, entre los cuales se hace notar sobremanera el que pretende un mapa territorial y político propio, autodeterminante y soberano. También hay que contar con los términos medios, porque aquí no hay regla común ni techos a la misma altura. Las asimetrías del Estado se

R I A L L I S M O S

evidencian. Y tironean de una y otra parte, de todas las partes tironean civilizada, interesada o violentamente.

Los nacionalismos conocen su fuerza rampante y, a veces, por una rampa se conducen. Cataluña y Euskadi conocen sus respectivas fuerzas, abonadas por una cultura y educación que han hecho posible la exhibición de su musculatura nacionalista. Son concientes de su fortaleza desde hace mucho tiempo. Como desde hace mucho se ha ido incubando en un mismo ámbito territorial el enfrentamiento entre los denominados centralistas y los nacionalistas. Recordemos, en este sentido, lo apuntado por Ortega y Gasset en *España invertebrada*, cuando manifiesta que los centralistas vascos y catalanes piden "que los separatistas no deben ser tratados como españoles". Nada hay nuevo bajo el sol inclemente de las radicalidades. La viceversa toca hoy, también, a la puerta de una identidad nacionalista que anhela igual el exclusivismo identitario.

Nacionalismos gigantes. Pero hay de todo y de todo hubo en la viña. La visión que se describiera en el libro anteriormente referido apunta asimismo la realidad de una "tierra pobre, habitada por almas rendidas, suspicaces y sin confianza en sí mismas". Quiere decirse con ello que el espectro nacionalista puede vestir también de estrafalario, ser mero simulacro, un eco tomado de no se sabe dónde, no construido, que viene a ser un artefacto en donde la voluntad de ser identificado como nacionalismo supera el modo en que debiera hacerse; y puede realizarse desde un pensamiento vacío que le da plaza a un sentimentalismo vago, a un nacionalismo festero que no permite el paso a una reconocible y honda cultura. Cuando los fundamentos faltan, se levantan las quimeras.

El nacionalismo es un término corredizo; y corredizo en una doble acepción, pues, por una parte, se desata con facilidad hasta extremos en donde afloran diversas manifestaciones; unas, comedidamente ciudadanas frente a las desmedidamente bárbaras. O, por otra parte, en cambio, puede llegar a ser un nudo que aprieta y ahoga a medida que se tira de él. En esa estamos. En la consideración del nacionalismo que, viciado de tópicos, hacen del término una palabra mostrenca, una mina que oculta demasiadas vetas para demasiados dueños. De manera que no se puede cortar con la misma tijera esas diferentes sensibilidades que se asientan en lugares distintos y sobre muy distintas situaciones. De ahí la cautela, el trato especial que el fenómeno del nacionalismo demanda. Una cuestión ésta, la del nacionalismo, que a falta de consenso se muestra imprevisible, errático, en definitiva, encuadrado en una casuística con la que se pretende hacer de él un caso especial, sin aplicaciones previas y genéricas.

Pero no es una manifestación anómala. Es un concepto político al que se le debe analizar desde perspectivas políticas, así como relacionarlo con otras áreas dependientes para, de ese modo, comprenderlo y situarlo en el complejo ámbito del mundo actual. Este número de *Cuadernos del Ateneo* ha pedido a varios de sus colaboradores que manifiesten en las secciones respectivas el discurso que un asunto de tal calibre exige.